

De la Isla  
y de las Islas

Buenos Días

## LA MARINA, ANTIGUO BALCON DEL PUERTO

JUAN A. PADRON ALBORNOZ

He vuelto a leer «El antiguo Santa Cruz», la obra de don Francisco Martínez Viera, el buen y antiguo amigo que —buen alcalde de Santa Cruz— plasmó sus recuerdos y buena parte de la historia de nuestra ciudad en las páginas del muy interesante y ameno libro que bien merece volver a editarse.

En dicha obra hay un capítulo —el dedicado a la ciudad de 1880— en el que el señor Martínez Viera trata de la antigua zona de la Marina, aquella que todos conocimos en épocas más recientes y que, ya, ha perdido su antiguo y amplio balcón sobre el puerto.

En su obra, escribió don Francisco: «La Marina luce en lo alto su balconada: la muralla, cara al mar, sobre la roca viva, y encima de la muralla, frente al viejo cuartel, la Cruz de San Agustín, cuya razón de estar allí no hemos podido averiguar.

Nada oculta la muralla, nada la desvirtúa ni la disimula. No hay construcción ninguna a su socaire que altere su primitiva traza. Toda la Marina es un mirador desde el que las gentes dialogan con el mar. Abajo, en la polvorienta carretera, sólo está el castillo de San Pedro, que disfruta de una bien ganada quietud. Entre esta fortaleza y la de San Miguel, pequeños varaderos y la playa de San Antonio, siempre alegre y concurrida».

Si, toda la Marina era un amplio mirador sobre las playas y el puerto, aquel de poca línea de atraque y muchos barcos que, con constancia —con firme voluntad de los santacruceros— crecía lentamente.

Entre él y las playas, las negras gabarras carboneras con festones de defensas y, frente a «los platillos» —desde 1913 «la marquesina»— el cañonero de apos-

tadero, los remolcadores, los aljibes flotantes y las embarcaciones del servicio portuario con las goletas y balandras del «vivero» y el «salpreso».

El castillo de San Pedro llegó a nuestros años de niñez y pequeñez ya como cuartel del Grupo de Ingenieros. Luego, al igual que las playas, dejó su lugar a la espléndida Avenida de Anaga que, con el Muelle de Ribera, formó el «water-front» de Santa Cruz tan soñado por muchos y muchos.

Arriba, en la Marina «alta», los geométricos almacenes de la Compañía Escandinava —repletos de madera aserrada, siempre con olor a bosque— el caserón de la familia Clavijo que, reformado, aún se alza como sede de oficinas oficiales y, más allá, el fuerte de Almeida, que hoy alberga el Museo Militar Regional de Canarias.

Por 1880, en la Marina se encontraban los consulados de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y los Estados Unidos.

Allí estaban —aún están— consignatarias de las navieras de la época del carbón; ellas nos recuerdan a navieras ya desaparecidas —Bucknall, Clan Line, Aberdeen Line, Shaw, Savill and Albion, Bullar King, Hain Line, etc.— propietarias de los vapores de negros penachos de humo y fondeo a la gira para hacer consumo y la aguada.

Ha muerto el mirador de la Marina. Ya en la calle del Saludo no están los dos pequeños cañones que contestaban las salvas de ordenanza disparadas por los buques de guerra extranjeros que visitaban nuestro puerto. Pero, como siempre, la vieja calle pone en Santa Cruz la evocación del puerto que fue, que es y siempre será. ■

## LA «TORRE DE DOÑA INÉS», EN LA PUNTA

FLORILÁN

PUEDE, no lo dudo, que sea difícil descubrir «¿quién mató a Laura Palmer?», pregunta que nos están haciendo continuamente desde una televisión privada, como si de esas tres niñas, secuestradas según dicen algunos para obtener órganos de trasplante, se tratara. Lo que sí puedo afirmar yo —y a las pruebas me remito—, es que llegar a saber de quién es la «Torre del Conde» de la Punta del Hidalgo, es tarea facilísima. Máxime si tenemos la colaboración de la propietaria de la misma, y hasta en cierto modo, autora del proyecto y directora de la obra, en unión de su marido. Pero veamos los antecedentes.

El domingo pasado, día 7, publiqué en estas mismas páginas una columna, ilustrada con foto, de la reproducción de la «Torre del Conde» existente en Punta del Hidalgo, no lejos del monumento que recuerda, en bronce, a Sebastián Ramos, en la placita donde termina aquel bello paraje puntero. Mi articulillo había surgido precisamente de un encuentro con el escultor Eladio de la Cruz, autor del referido monumento, al que conocí casualmente, como se dice por aquí, «en perras de vino», y del cual no he sabido más, porque en esta capital nos encontramos una vez, y después resulta que es «hasta siempre».

Bien, pues a lo que iba. En rela-

ción con la mencionada «Torre» puntera, recibo una carta de Doña Inés Peraza de Ayala de Perdomo, en la que, entre otras cosas, me dice: «Le doy las gracias por su mención y puede decir usted, que la citada Torre es mía. Yo no la llamo la «Torre del Conde», aunque fuimos mi esposo y yo a La Gomera para tomar las medidas y reproducirla en la forma más aproximada posible. La realizamos con gran ilusión, pudiendo decirse que yo fui el arquitecto, el aparejador y la directora de obra (se ve que soy fiel a la herencia de mi tío José Rodrigo Vallabriga, que hizo la Catedral de La Laguna). Yo la llamo «la Torre de Doña Inés», porque Doña Inés Peraza era la madre del Conde, casado con Doña Beatriz de Bobadilla, la abuela de don Guillén Peraza de Ayala, que tanto hizo por La Gomera. La Torre la hice en memoria de mi padre, que se empeñó en ponerme Inés, para que me llamara como nuestra antepasada de tantos siglos atrás. La «Torre del Conde», construida por Fernán Peraza, tiene un piso más que la nuestra, pero ésta tiene los cimientos preparados, por si se quiere añadir ese piso».

En fin, estas son algunas de las cosas que nos dice Doña Inés Peraza de Ayala, de la «Torre de Doña Inés». De algo por lo menos hemos podido informar a nuestros lectores. ■

YA el conejo me desriscó la perra o será que se han vuelto a escapar, no las vacas, sino las mariposas que una no pudo volar sobre el mar y la gordita aún con alas pues quedó varada en tierra. Un lepidóptero papillon así de impertinente alienado en los nenúfares amarillos de López Ibor, empapado en papeles de dudosa procedencia y experto en atracar los trasatlánticos colombinos en la historiada bahía de las Isletas, ora adenología crónica, histriónico farfalla, elefantiasis aguda, volátil altanería. En el fondo, patio de monipodio sin agua y sin vino. Esto y bastante más.

Cosmopolita, abierta a la rosa de los vientos, civilizada, cantada por los grandes escritores, Muy Leal y Noble, Invicta y Muy Benéfica, Santa Cruz de Tenerife cuenta ahora mismo con un callejero en parte atípico para estos altos títulos. Por caso, para no alargar el leve discurso, nombres para no ver y borrar entre golpistas y fachas, nombres y apellidos que lo mismo nada dicen ni a propios ni a extraños mientras que faltan otros que dieron lustre, categoría y fama a la ciudad. La relación es larga en un sentido y en otro, que hay excesos como el apellido Primo de Rivera, y omisiones, como Humboldt o Blasco Ibáñez, y entre una cosa y otra ha fal-

tado también el buen gusto y el equilibrio a la hora de repartir suerte, sentido político, en suma, que el callejero de Santa Cruz estuvo durante largas décadas en manos de la estulticia y la ineptitud, y de ahí nombres para olvidar que recuerdan tristes y negras páginas de nuestra anterior y reciente historia. Y no hay que sacar las cosas de quicio con el debido respeto a las ideas y circunstancias de cada época. Además, con el gran Ramón, lo peor que le puede pasar al cerebro es que se llene de lagunas mentales, y este no es el caso de nuestra ciudad, sino que hubo premeditación y alevosía y altas dosis de la peor de las agresiones a que puede ser sometido el ser humano que no es otra que la sevicia mental o procurar mediante la persuasión de los gulaps stalinianos pasar a alguien por las horcas caudinas, caso concre-

to de la imposición de los Primo de Rivera al alcalde don Santiago García Sanabria. ¿Y tiene usted algo contra los Primo de Rivera? Ca. De esto nada. Lo que pasa, señora baronesa, ¿será una rosa, será un clavel/será Fernando, será Miguel?

Veamos. El primer Fernando, don Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, primer marqués de Estella, brillante carrera militar. Golpista. Colaboró de forma decisiva y decidida en el golpe militar que derribó la I República. Un inciso, si sigue en Santa Cruz el nombre de Pi y Margall, pues parece ser que un poncio de los de antes empeñado en su particular caza de brujas, pues no sabía en qué equipo jugaba, si en el Hespérides o el Fomento del Cabo.

Sigamos. Don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja (¡qué gran y grato

recuerdo este Orbaneja!). Golpista. Golpe de Estado de 13 de septiembre de 1923. Aún hay calles en esos pueblos de por ahí del «13 de septiembre», y los señores alcaldes sin saber de qué va la cosa.

El primer don Fernando escribió algunos artículos en «La Correspondencia Militar» en los que abogaba por un Ejército integrado por «patriotas fanáticos», y su sobrino don Miguel Primo de Rivera, causante directo de la caída de don Alfonso XIII, cuando además uno de los errores del abuelo de don Juan Carlos fue asumir el golpe con su tácito consentimiento, pues don Miguel, segundo marqués de Estella, mantuvo un duelo con un diputado republicano de Alcoy, llamado Soriano, en ocasión de un ataque contra un periódico de dicha ciudad alicantina, del que fue

acusado don Fernando.

Estamos, pues, ante dos golpistas, don Fernando y don Miguel. El otro Fernando, don Fernando el de la calle, fue un héroe en África, pero nada dice a Santa Cruz de Tenerife, es decir, si que dice cuando vino su hermano el otro golpista a poner la placa, a lo que se había opuesto reiterada y acertadamente García Sanabria, al «carecer de méritos o servicios en pro de Santa Cruz». Pero el recordado y gran alcalde terminó cediendo, cuando lo lógico y esperado era su renuncia o dimisión, que tampoco dimitió don Santiago cuando el hachazo divisionista de Primo de Rivera, que si lo firmó el Rey no sabía de qué iba la cuestión y si en cambio don Miguel, de donde colegirse debe que se trata de un nefasto Number One para la historia de Santa Cruz de Tenerife, antigua capital de las Canarias.

¿Queda algo en el tintero? Pues sí y bastante. De momento, un saludo así de cordial a los dioses que no saben de excrecencias y miserables basuras, que de ellos será el reino del amor y la tolerancia.

¿Algo más? Para qué con estos papillones que huelen peor que en Dinamarca y de ellos será el reino de los necios y los ruines y bajeza de espíritu. Cloaca humana. ■

Del acontecer

## LA SAGA DE LOS PRIMO DE RIVERA

OSCAR ZURITA

EN  PRIMAVERA **Seamos gente** **10**

Vamos a celebrar la primavera en Tenerife con miles y miles de geranios. Una acción de embellecimiento para premiar a nuestra gente 10, a todos los que quieren y cuidan la limpieza y el medio ambiente de Tenerife

 CABILDO Y AYUNTAMIENTOS DE TENERIFE